

El noroeste

_____, Silvia Nanclares y León Tolstoi

Por **ELENA CABRERA**

Aceptar una invitación y no saber que te estás desviando completamente del camino. Carmiña aceptó la invitación de Luisito a dar un paseo por la Calle Real y sesenta años después aquí estoy yo, viviendo a seiscientos kilómetros más al sur de esa calle. Dice la psicogeografía que las fronteras políticas con estampas históricas, acuerdos económicos que son ajenos al territorio y sus gentes. Las verdaderas fronteras las construimos con la cultura y las familias. Luisito se enamoró de Carmiña y la extirpó de su nido gallego, de la educación en la Grande Obra y la niñez en la aldea, de los bailes en Santa Cristina, los zapatos gastados que pasan de hermana a hermana, el auga que afoga os camiños y los regalos de los amigos de Don Manuel, su padre, al que toda Coruña apreciaba, ingeniero de la Diputación.

Antes de llevársela de allí, Luisito se fue a cumplir el servicio militar, con la promesa de escribirle cartas de enamorado. Ella debía esperarle mientras pensaba en ajuares y futuros. Para que tuviera con qué entretenerse, el novio le regaló un pesado ejemplar de Guerra y paz, que juntos leerían en los bancos de los parques los días que no lloviera, para gastar poco y quererse mucho los fines de semana de permiso.

Luisito se casó con Carmiña y se la llevó a vivir a Toledo, donde no había ni bailes, ni lluvia, ni hermanas ni romerías. Carmiña aceptó conscientemente el error. Cambió el paradigma y la manera de hacer las cosas, modificó el futuro, alteró la línea de tiempo. El ensayo fue su error.

¿Se acepta el interior de un libro como lugar? La respuesta es sí. Carmiña vive unas veces en Guerra y paz y otras también en guerra y paz. ¿Y Génova y Lucca qué lugares son? No son más que haciendas, dominios de la familia Bonaparte. Le garantizo a usted que si no me dice que estamos en guerra, si quiere atenuar aún todas las infamias, todas las atrocidades de este Anticristo, no querré saber nada de usted, no le consideraré amigo mío ni será nunca más el esclavo fiel que usted dice ser.

Veo que le atemorizo, siéntese y hablemos. Carmiña y Luisito se sientan en un banco de los Xardines de Méndez Núñez, frente a la estatua de Emilia Pardo Bazán. Emilia, Carmiña y Luisito se miran con arrobo. La escritora lleva cincuenta años observando a los amantes con sus ojos de bronce, esculpidos por el mismo sevillano que dio forma a los de Miguel de Cervantes en la plaza de España de Madrid.

Carmiña y Luisito han cambiado de banco y de ciudad, pero no de libro. Han viajado al sur y ahora viven en el Madrid preTransición y leen Guerra y paz en, obviamente, un banco de la plaza de España.

¿Qué lazo existe entre este hombre, mi infancia y mi vida? De pronto un recuerdo nuevo, inesperado, del dominio de la infancia, puro y amoroso, se presentó en los ojos de Carmaña, embarazada de una niña.

Silvia Nanclares se presenta el 22 de marzo en Madrid. Llega desde el noreste en un avión veloz. Pasará aquí una semana y tomará un tren para alcanzar otro sur aún más lejano. Perdonadme la elipsis, pero han pasado 35 años, como en un sueño.

35 años, una pequeña vida. Cada vez que Silvia Nanclares hace un viaje ejerce una mutación en el código de tiempo, una alteración en el ADN de nuestra guerra.

Me pierdo en los bucles del pelo de Silvia Nanclares. Me mareé en la última curva. No me imagino a Silvia como la Pardo Bazán que sostiene una pluma en una mano y un libro en la otra. No me la imagino y, en cambio, hago grandes esfuerzos por identificar ambas escritoras y encontrar así una manera de cerrar este relato circularmente, porque cerrar el círculo imprime siempre la sensación en el lector de que sabes escribir bien.

El caso es que me gustaría esculpir en un molde los bucles del pelo de Silvia Nanclares y luego rellenarlo de bronce. Pondría su estatua de escritora admirada en algún lugar de la Alameda sevillana y me sentaría en un banco justo enfrente, esperando que algún vándalo le pintara bigotes con spray verde.

Es abril. Tengo 35 años. Vuelvo andando por Alfonso XII, giro en la Plaza del Duque y por la calle Adriano llego a la Alameda de Hércules. Busco la casa en la que nació Bécquer, pero no la encuentro. Me siento en un banco incómodo. Estoy embarazada. Arrastro una maleta. Quiero volver a Madrid. Y cuando vuelva a Madrid quiero volver a Coruña. Voy a sentarme en un banco frente a la Torre de Hércules, frontera de mi familia, más allá de ella no hay más, solo el mar, tembloroso. El destino nos hace malas o buenas pasadas. Nuestra felicidad, amiga mía, es como el agua en las redes del pescador. Se las echa al mar y se hinchán. Se las saca y se deshinchán. Así es la vida.

Al fondo, a la izquierda, el faro de Hércules, a la derecha, el espigón de Punta Herminia, detrás, una ciudad inmensa y acotada, pero, sobre todo y en aplastante ventaja, delante: el mar. Pelado, salvaje, insistente y atronador. Enfrente de él pasaremos ratos infinitos viendo estirarse el tiempo tonto del verano.

*Los pasajes extraídos de Guerra y paz han sido escritos por León Tolstói y son de Dominio Público.
Los pasajes extraídos de El sur, instrucciones de uso han sido escritos por Silvia Nanclares y publicados con licencia Creative Commons Compartir Igual 3.0. El resto de palabras han sido escritas por Elena Cabrera y se publican aquí bajo licencia Creative Commons Compartir Igual 3.0.*